D. J. Marcos Vivas P.

RETRATO A LA PLUMA

DE

Máximo Jerez

POR

ENRIQUE GUZMÁN

MANAGUA
Tipografía Nacional—Calle Nacional—Teléfono 51.
1899

Dos palabras al lector

En Noviembre de 1876 residía yo en La Unión, República del Salvador. Llevaba en aquel puerto la descansada y monótona vida del emigrado político que ha perdido toda esperanza de volver á su patria con armas en la mano.

Para matar el tiempo, y solo con ese objeto, me puse á escribir una serie de semblanzas de notabilidades nicaragüenses contemporáneas. Figuraban en mi galería el General Jerez, don Pedro Joaquín Chamorro, don Buenaventura Selva, don Anselmo H. Rivas, don Pío Castellón, don Vicente Quadra y otros tantos más.

Era mi propósito publicar esas semblanzas en forma de libro cuando hubiese regresado á Nicaragua.

Volví del destierro á fines de Febrero de 1877, y poco después quise ver mi obra de La Unión. Diríase que aire de la tierra natal había refrescado mi cabeza, recalentada quizá por las penalidades del destierro. *Cómo pude abrigar por un momento siquiera*, pensé al

releer aquellas páginas, *la idea de dar á la estampa un libro semejante?* No quemé mi manuscrito, pero lo escondí en el último rincón de mi escritorio. Allí dormirá por muchos años, para siempre tal vez. Y no porque al regresar á Niacaragua haya yo cambiado de opinión respecto á los personajes que me propuse retratar, nó: hoy los veo exactamente como los veía hace dos años. He desistido de mi empeño porque así convenía á mis intereses, y porque el público nada pierde privándose de leer las mal perjeñadas producciones de mi pobre pluma.

Si hoy arranco de mi galería el retrato del General Jerez y lo doy á luz en las columnas de El Porvenir, tengo para ello dos buenas razones: 1a–Que un amigo á quien estimo me ha rogado con instancia publique este pobre boceto; y 2a–Que conociendo á fondo el carácter del original, sé que no tendrá por mí menos afecto que el que ahora me profesa después que se haya mirado en este espejo.

Enrique Guzmán.

Managua, Marzo 8 de 1879

531031

LOS HOMBRES DE MI TIEMPO

RETRATOS A LA PLUMA

Máximo Jerez

> Les plus grands personages
> Ne son paz, cro-es moi, les plus sages:
> Des gens d' esprit sowent la folie est le lot.
>
> J. B. Rousseau

Haría cosa de seis años leí la primera parte de las «Memorias para la Historia de Nicaragua,» escrita por el Licenciado don Gerónimo Pérez; y en ese libro recuerdo haber visto, entre otros muchos retratos hechos al correr de la pluma, uno del General Máximo Jerez.

En aquella época conocía yo apenas de vista á este célebre caudillo, y aunque siempre he juzgado al Licenciado Pérez un cronista, si verídico, muy apasionado, es posible que haya tomado entonces por exacto y acabado retrato el ligero esbozo en el que ahora en-

cuentre mil incorrecciones y cierto aire un si es no es caricaturezco

Si la memoria no me es infiel, el Licenciado Pérez nos ofrece un Jeréz de fantasía que el pintor miraba, sin duda, al traves del peligroso prisma del legitimista exaltado.

No trato ahora de enmendarle la plana al historiador de Nancimí. Líbreme Dios de tal propósito! Prescindiendo de que en este mísero mundo cada uno tiene los ojos donde Dios quiso ponérselos, y ve con ellos las cosas y las personas como puede y de la manera que puede, yo no he nacido para dómine pedante, escribo por escribir, por entretener los ocios del destierro y no para ilustrar á mis discípulos y á la juventud nicaragüense.

Debo confesar sin embargo, que fuera de otras consideraciones de gran peso, muéveme á comenzar esta galería por el retrato de Jerez, el recuerdo del que, libre de toda mala intención probablemente, pero con la mano agitada y nerviosa del celoso partidario, trazó hace algunos años el autor de las antedichas Memorias.

Al criterio de las personas que conocen á fondo el original, dejo la calificación del mérito que pueda tener el boceto que hoy ofrezco al público.

No se me ocultan las dificultades que presenta el trabajo que ahora emprendo; y no es la menor, por cierto, el poder aparecer imparcial ante una sociedad prevenida de antemano en pro y en contra del ilustre contemporáneo que me sirve de modelo.

Como el General Jerez ha hecho un gran papel no solamente en Nicaragua sino en todo Centro América; como su vida política está llena de peripecias, y como ha figurado siempre en primera fila en todas nuestras guerras civiles de treinta años á esta parte no es extraño que se juzgue con sobra de pasión por amigos y adversarios, interesados unos y otros en exagerar sus

defectos y cualidades: ni me sorprendería que estas pobres pinceladas corrieran, ante la opinión de mis conciudadanos, una suerte análoga á la del personaje que de ellas es objeto.

Los enemigos encarnizados de Jerez sostendrán, sin duda, que he procurado hacer, no su retrato sino su apología. Ya me imagino oírles decir: «Es pintar como querer,» mientras los partidarios entusiastas del «Gran Soñador» van á pensar que le escarnezco y le ridiculizo.

Puede ser que me equivoque en mis juicios, pero debo declarar que ni el afecto ni el odio, ni el interés mueven mi pluma. Pinto lo que veo y nada más. Si el dibujo sale malo, si tiene más defectos que el de las *Memorias*, culpa será de mis ojos y de mis escasas aptitudes.

Hechas estas salvedades que yo mismo juzgo innecesarias y que algunos calificarán de impertinentes, puesto que nunca he podido ascender al rango de escritor concienzudo y hombre pensador, entro de lleno en materia.

Nació el General Jerez en 1818, según él mismo lo asegura, de modo que tiene ahora 58 años, y aunque aparenta tener más de 60, y muchos de sus compañeros de colegio me han dicho que es más viejo que Matusalem, yo he de creer que no pasa de 58, porque Jerez, si bien se equivoca con mucha frecuencia, no miente jamás.

Su aspecto es el de un hombre de 65 años, su estatura, menos que mediana; su cuerpo, casi raquítico, y su manera de andar, la más desairada que es posible imaginarse.

Ligeramente cargado de espaldas, inclinada además la cabeza cuando marcha; patizambo por naturaleza, es cojo por obra y gracia de una bala granadina que le rompió la rótula derecha en Mayo de 1854.

Jerez tiene la cabeza pequeña, pero bien formada; el pelo, que fué negro y ahora gris, lacio y escaso; la frente espaciosa; la nariz pequeña y regular; los ojos negros, abiertos y muy brillantes, y la boca grande y un tanto prominente: dibújase en ella eterna y extraña sonrisa, que más que sonrisa parece histérica contracción nerviosa.

Los dientes casi desprendidos de su alveo, lo son largos, salientes y amarillos. Desde el extremo derecho de la boca, baja hasta la mandíbula, casi en línea recta, ligera cicatriz que le dejó la herida que recibió en San Jorge en Marzo de 1857 cuando combatía contra los filibusteros.

Se afeita el mismo toda la barba, el bigote inclusive, cada dos ó tres días, y se peina echándose el pelo hacia atrás.

Jerez no puede despegar los labios sin sonreirse, tanto que es muy común, entre sus enemigos, oír hablar de la *risa boba de Jerez.*

Como antes he dicho, tiene su sonrisa algo de particular que yo no puedo explicar, porque la cicatriz de la derecha, la magnitud y forma de los dientes y la configuración de sus enjutas mandíbulas, dan á aquella boca una extraña apariencia imposible de definir.

Cuando habla de asuntos que le interesan, sobre todo de la unidad centroamericana, que es su manía, sus ojos, siempre brillantes, relucen de una manera sorprendente. A veces se diría que aquella mirada revela un principio de enagenación mental. Yo creo que el que ha visto los ojos de Jerez una vez en su vida, no podrá olvidarlos fácilmente.

Come poco y con cierta precipitación. Para nada se fija él en la calidad y forma de las viandas que le sirven: se ve bien que nunca ha buscado un placer en la satisfacción de las necesidades del estómago.

Viste Jerez malísimamente. Poco ó nada se cuida

del corte y de la limpieza de su traje. General de División, no se ha puesto nunca un entorchado: quizá cuando joven gastaría alguna vez uniforme militar; pero yo desde que le conozco no le he visto jamás ni un botón de metal.

Este absoluto abandono de las exterioridades le ha perjudicado probablemente en varias circunstancias, porque es indudable que en la sociedad moderna, tan pagada de apariencias, «el hábito hace al monje» aunque el refrán diga todo lo contrario.

No puedo olvidar que debido á su pobre trapillo, una señora de Granada que no le conocía más que de nombre, le tomó en cierta ocasión por criado del General Martínez.

Pocos hombres hay tan activos como Jerez. A pesar de su débil constitución, puede cabalgar durante muchos días consecutivos haciendo siempre buenas jornadas. Diríase que ni el sol, ni la lluvia, ni el polvo, ni el lodo ejercen influencia sobre su economía.

Sobre todo, cuando el interés de «su causa» le anima, es infatigable.

A principios de este año le ví hacer lo siguiente: salió de Guatemala para Costa Rica el 19 de Febrero, y el 5 de Marzo estaba de vuelta; volvió á salir para Costa Rica el 7 del mismo mes, desempeñó en aquella República una misión de importancia, y el 2 de Abril entraba otra vez en Guatemala.

Los que hayan recorrido el largo y dilatado trayecto que Jerez salvó cuatro veces en cuarenta y tres días, podrán apreciar en su verdadero punto la energía indomable de ese hombrecito endeble por naturaleza, y cascado por los años y las fatigas de la vida militar.

El General Jerez es muy sobrio: no gusta de tomar vino y menos aun licores fuertes.

Cuando nada le preocupa se acuesta á las nueve de la noche y se levanta á las cinco de la mañana; pero si

tiene algo que hacer, duerme poco, y si es necesario, no duerme nada absolutamente, sin que al siguiente día de una noche de insomnio revele su fisonomía ni el más ligero cansancio.

Dice el Licenciado Pérez que el General Jerez no sabe montar á caballo ni disparar una pistola. Quizá no tenga en verdad, grandes conocimientos teóricos sobre equitación, al mismo tiempo que, por su desgarbada figura, no podrá hacer nunca un apuesto jinete; pero es capaz de montarse en una Zebra ó en la yegua de Mahoma sin tomar informes sobre sus antecedentes y cualidades. Además, como he dicho antes, hace largas jornadas á caballo sin manifestar fatiga.

En cuanto á lo de disparar una pistola, creo que Jeréz no es menos hábil tirador que cualquiera de nuestros señores militares, y estoy seguro que, llegado el caso, sabría dispararla con mano tan serena como el más aventajado duelista.

Con todo, es lo cierto que no se la he visto nunca al cinto, y que por lo general hace muy poco caso de toda clase de armas.

Hasta aquí el hombre exterior. Salvemos el umbral de la materia y veamos lo que hay dentro.

Posee el General Jerez un gran talento especulativo y una memoria portentosa. Su instrucción, al menos para un centroamericano, bien puede calificarse de profunda.

Doctor en Leyes desde muy joven, merece bien su título, y aunque en Nicaragua la palabra *Licenciado* se ha hecho, y con justicia, sinónima de *ignorante*, Jerez aparece como una de las pocas excepciones honrosas entre la turba multa de Abogados de pacotilla que pululan en nuestros Congresos, Cortes y Cabildos.

Sus conocimientos, en Matemáticas, sobre todo, son muy notables. Da gusto oírle hablar de Geodesia, de Geografía y de Cosmografía. Dedicado al profesora-

do cuando no ha estado al frente de una revolución, conserva siempre frescos en la memoria los más difíciles problemas de las ciencias exactas por las que tiene afición.

No se explica, en verdad, cómo el hombre menos práctico en política y administración, el más iluso y fantástico en todo, casi diría, el más delirante, sea tan apasionado del Algebra y de la Geometría.

La memoria de Jerez es prodigiosa. Cuenta hasta con sus más insignificantes detalles sucesos acaecidos hace largo tiempo; relata palabra por palabra una conversación que tuvo con Walker ó don Patricio Rivas en 1855; con frecuencia se le oye citar párrafos enteros de cartas que le escribieron cuando mandaba en Jalteba el ejército democrático.

Recuerdo que un día en Nacaome, queríamos traducir una estrofa de Séneca, cosa de seis ú ocho versos latinos. Tomó Jerez el libro, y después de leer dos veces la estrofa en cuestión, me la repitió de memoria sin perder una sola palabra.

Latinista consumado, es inútil decir que vertió inmediatamente al español, sin necesidad de diccionario, el pensamiento del poeta cordobés.

Además del latín, conoce bastante el francés que aprendió en París cuando fué á Europa como Secretario de don Francisco Castellón, y posee medianamente el inglés que estudió, aunque muy á la ligera, en los Estados Unidos.

A pesar de su gran talento y de su vasta erudición, Jerez no escribe bien, al menos para mi gusto. Su estilo es descuidado, flojo y con frecuencia oscuro.

He escrito muchas veces bajo su dictado, y he podido observar que no se cuida para nada de la elegancia de la frase; que no le importa repetir diez veces una misma palabra en cuatro líneas; y que empeñándose en ser claro, se hace difuso y redundante.

Quizás estos defectos provengan de que no tiene el hábito de escribir. La prensa periódica no le ha contado nunca en el número de sus afiliados. Ha publicado uno que otro opúsculo político, por lo regular folletos justificativos de su conducta en el parlamento ó en el campo de batalla; para su correspondencia privada tiene casi siempre un Secretario.

En la conversación familiar se expresa con facilidad y hasta con elegancia. En la discusión es fuerte por su lógica contundente y porque siempre encuentra el término más propio con admirable prontitud. Es un interlocutor muy agradable y un hábil razonador.

Con todo, Jerez no sabe hablar en público. Cuando quiere perorar se turba, no halla las palabras, repite el mismo pensamiento dos y tres veces, y se descuelga como puede para terminar su arenga. Juzgo de la importancia que tendría su palabra en un Congreso, no hablo por supuesto de los Congresos de mi tierra, por las tres ocasiones que le he oído hablar en público.

Las dos primeras se dirigía á la falange nicaragüense que estaba bajo sus órdenes en Nacaome; y aunque su auditorio se componía exclusivamente de subalternos casi todos amigos de confianza, parecía encontrarse al frente de una numerosa asamblea de sabios: tales eran su turbación y encogimiento.

Yo no recuerdo á punto fijo lo que nos quiso decir; pero sí tengo presente que casi no se le entendió, y que tartamudeaba como un tímido escolar en presencia de un jurado de examen.

Después le oí brindar en Amapala, el día que se inauguró el Gobierno de don Marco A. Soto, con la misma dificultad de expresión é impropiedad de términos que cuando arengaba en la falange nicaragüense. Balbuciente, nervioso, casi cortado, dijo yo no sé qué sobre la reconstrucción de Centro América; tema obligado de todas sus conversaciones y discursos.

¿Podría merecer el General Jerez el calificativo de hombre político en la acepción centroamericana de la palabra?

Contesto resueltamente que nó.

Con dificultad se encontrará un individuo más ajeno á las pequeñeces de nuestros gabinetes, á las mezquinas intrigas de nuestras cancillerías, á las miserias, enredos y patrañas que forman el fondo de lo que se llama gran política y alta diplomacia en estas microscópicas Repúblicas.

Se acusa al General Jerez de candoroso, y pienso que con sobrada razón su vida política es una serie no interrumpida de tristes desengaños, así como su carrera militar sólo registra derrotas.

Absorto en la contemplación de su bello ideal, la unidad centroamericana, no quiere persuadirse que nadie, absolutamente nadie, piensa aquí en la reconstrucción de la antigna patria.

¿Quién no ha engañado al General Jerez?

¿Quién no se ha servido de su prestigio y de su noble manía para revolver á Nicaragua?

Así es que tiene muy bien sentada su reputación de anarquista.

Algunos suponen que Jerez no ha vencido nunca porque tiene «mala estrella.» ¡Error! Los astros no se mezclan para nada en las absurdas combinaciones de los hombres. Es claro que cuando se diee: dos y dos hacen cinco, todas las estrellas del firmamento no impedirán que se vaya á dar al absurdo, á la derrota, á la nada.

Y el gran matemático Máximo Jerez dice frecuentemente en política: «Dos y dos hacen cinco.»

Para llegar al fin que se propone, la unidad de Centro América, todos los hombres, todos los medios y todos los caminos le parecen buenos, el último belitre le prueba en quince minutos que va á servir desintere-

sadamente á sus propósitos, y desde aquel momento se transforma en un ángel á los ojos del crèdulo caudillo, que se imagina haber encontrado una alhaja inapreciable, un partidario de la hermosa causa que él sustenta.

Basta que un desalmado le cuente cuatro mentiras y le jure por Morazán que la unión de las cinco Repúblicas es el objeto de todos sus desvelos, para que inmediatamente le califique el General Jerez de pensador profundo y ascendrado patriota.

Cualquiera que haya visto representado el drama titulado *La Gracia de Dios* ó la encantadora ópera de Donizetti *La Linda de Chamomix*, recordará que un humilde pastorcito se lleva desde el centro de París hasta los ventisqueros helvéticos á la pobre campesina suiza, su compañera de infancia, por medio de un organillo cuya música recuerda á la desventurada loca las canciones de su aldea natal.

Pues al General Jerez le sucede exactamente lo que á la linda de Chamomix. El último bausán puede sacarle de su tranquilo hogar y pasearle por todos los confines de Centro América, tocándole el organillo de la *nacionalidad*.

La mano que mueve el manubrio no le importa á él maldita cosa. Oye la música y se va detrás sin reparar en nada ni en nadie.

Por éso se ha llevado tantos chascos en política y sufrido tantos descalabros en la guerra.

Entregado en cuerpo y alma á la sinfonía *nacionalista*, no ve los obstáculos del camino, no cuenta el número de sus contrarios, ni mira nunca atrás para saber cuántos le siguen.

A veces le sucede caminar largo trecho solo, enteramente solo, creyendo que bajo sus órdenes marcha un ejército numeroso.

Fiado en promesas vanas, en quiméricas esperanzas y en yo no sé cuántas otras cosas más, todas ideales y

fantásticas, va derecho al centro del real separatista, llevando en la mano su hermosa bandera desplegada al viento. Ya se figura vencedor; un paso más y ha enarbolado en el campo enemigo el glorioso estandarte nacional; pero en aquel instante supremo la ilusión se desvanece como por encanto, y el sublime sonámbulo se rompe la crisma contra el muro tosco y frío de la mísera y descarnada realidad.

Está loco, está loco, gritan entonces todos los chuscos, todos los hábiles, quizás los mismos que le han lanzado á la arena en provecho de mezquinos intereses de bandería. Me parece que en esos momentos, él mismo llega á dudar de su razón.

La historia político-militar del General Jerez puede reasumirse así: Desengaños tardíos, derrotas inesperadas.

Aunque comenzó á figurar desde muy joven, bien puede decirse que no llega á hacer gran papel hasta 1854; de ahí data su vida de caudillo revolucionario.

Pasemos esa vida en ligera revista, y veremos comprobada la verdad de las palabras que sintetizan toda su larga y agitada carrera de hombre público, y que hoy podrían servir de empresa á su abollado escudo: Desengaños tardíos, derrotas inesperadas.

Si hemos de creer lo que él mismo cuenta, se lanzó á la revolución contra don Frutos Chamorro, no tanto por derrocar un Gobierno tiránico é impopular, sino por iniciar de acuerdo con Cabañas, una vez vencido aquel famoso jefe de los conservadores, la gran campaña de la unidad centroamericana.

Muchos de sus compañeros de entonces, y en este número el Licenciado Selva, aseguran que jamás se pensó en tal cosa en 1854; pero como á Jerez debemos suponerlo mejor informado que á Selva de las cosas de aquella época, y como, según lo he dicho ya, Jerez no sabe mentir, nos es permitido creer, que la reconstruc-

ción de la patria era desde aquellos aciagos días el objeto de todos sus afanes.

Sea de esto lo que fuese, veamos como pasaron las cosas.

La revolución que iniciaron en el Realejo cuarenta y cuatro emigrados, contaba á los pocos días con más de trescientos hombres. Chamorro es derrotado en El Pozo el 13 de Mayo, y el 26 del mismo mes estaba Jerez á las puertas de Granada con un ejército de mil hombres.

¿Será la *estrella funesta* de que hablan algunos la que le impidió tomar aquella ciudad, defendida por unos pocos vecinos pacíficos que la víspera solamente se habían improvisado soldados?

Es lo cierto que después de cien combates en los que casi siempre tuvo la peor parte, y después de haber pasado nueve meses en Jalteva, se vió obligado á levantar el campo y á regresar á León casi en completa derrota.

Mientras tanto nadie hablaba de la unidad de Centro América: estaría escondida seguramente en algún rincón de la cabeza del General Jerez.

El partido liberal ó *democrático* como entonces se llamaba, estaba á punto de sucumbir. Aquel gran movimiento popular iniciado con tanta audacia, secundado con indescriptible entusiasmo por las tres cuartas partes del país, y apoyado con la mayor eficacia por Cabañas, serviría solamente para consolidar el poder de los *legitimistas*.

La situación era angustiosa porque las huestes granadinas vencedoras llegaban ya á Pueblo Nuevo, y los herederos de Chamorro no acostumbraban dar cuartel.

Los restos del ejército que había cercado á Granada, tal vez no habrían hecho resistencia en León. Entonces discurren los jefes de la revolución llamar á Walker y sus hordas de yankees aventureras. No sé si

al dar tan inconsulto paso se tuvo en mira la famosa unidad centroamericana.

Con la cooperación de las tropas extranjeras logran los *democráticos* volver á tomar la ofensiva, y el 13 de Octubre de 1855 se apoderan de aquella plaza de Granada que durante nueve meses había resistido el poderoso embate de todo el resto de la República empeñado en su destrucción.

El partido *legitimista* cayó. Sus principales jefes estaban en el destierro ó morían en un cadalso. El General Jerez pareció por un momento vencedor, y digo pareció, porque al día siguiente del triunfo, Walker y nadie más que Walker, dirigía los acontecimientos.

El General Cabañas, el íntimo amigo de Jerez y su poderoso aliado durante la revolución de 1854, fué desde Comayagua hasta Granada para saludar al vencedor, y quizá también para concertar el plan de la futura campaña que debía dar por resultado la unión de Centro América; pero el valiente soldado hondureño se encontró con que Jerez no había adelantado nada; Walker mandaba discrecionalmente en Nicaragua, y si en aquella ocasión se habló de *Nacionalidad* sería en alguna conversación de sobremesa como pudo haberse hablado de cualquier otra cosa.

A los pocos meses Jerez estaba en los departamentos occidentales en una posición análoga á la que tenían en Segovia sus adversarios *legitimistas*: había chocado con Walker quien disponía á su capricho de la suerte del país.

Viene en seguida la guerra contra los filibusteros. Las Repúblicas de Centro América se juntan para combatir á Walker, y durante aquella larga, sangrienta y fatigosa campaña, es Jerez uno de nuestros mejores jefes y uno de los más bravos soldados del Ejército Nacional.

Concluida la lucha, en Mayo de 1857, se constituyó en Nicaragua un Gobierno dictatorial á cuya cabeza

están los dos caudillos de los partidos *legitimista* y *democrático.*

Martínez, jefe de los primeros, es un hombre bastante común, pero conocedor profundo de las cincuenta mil bellaquerías que forman el fondo de la política y de la diplomacia centroamericanas. Jerez era entonces lo mismo que es ahora: un sonámbulo, un habitante de la luna, un cumplido caballero perdidamente enamorrdo del ideal.

No transcurrieron muchos días sin que Martínez fuera dictador único y Jerez............nada.

Ni siquiera pudo conseguir que se reconocieran como inválidos pensionados por el Tesoro, los cojos, mancos y tuertos que había dejado la pasada guerra cilvil en las filas del ejército *democrático.*

Vino luego la elección y, como era natural, Martínez fué designado Presidente por cuatro años.

Terminado su período, trata Martínez de hacerse reelegir; y conociendo la importancia de Jerez como hombre de prestigio y su incurable manía reconstructora, agarra el organillo de la *Nacionalidad* y preludia en él con tan admirable maestría una tocata deliciosísima, que trastorna inmediatamente el seso á nuestro román·tico y apasionado héroe.

Loco de contento el soñador eterno, se empeñó en probar al país que la Constitución de 1858 no se oponía á la reelección de Martínez, aunque el artículo 32 de la Carta nicaragüense es claro y terminante á este respecto. Hizo aire con su poderosa influencia entre las masas á la candidatura ministerial, y corriendo siempre tras el organillo del pastorcito suizo, fué de Managua á Guatemala, de Guatemala á San Miguel y de San Miguel otra vez á Managua.

Cuando regresó de su larga correría, y cuando creía tocar la suspirada meta, se encontró lo de siempre: un triste y tardío desengaño.

Martínez que veía asegurada su reelección, y que se preocupaba tanto de la unidad de Centro América como de encontrar la piedra filosofal ó la cuadratura del círculo, se fastidió de la música y del papel que representaba, agarró el organillo con entrambas manos y se lo rompió en la cabeza al pobre entusiasta que se quedó aturdido y con un palmo de narices.

Fué por aquellos días que publicó un folleto probando «que le habían engañado;» pero Martínez y los martinistas se reían de Jerez y sus panfletos á carcajada tendida.

Desde aquel momento se convirtió en enemigo acérrimo de la reelección; y con su acostumbrada actividad recorrió el país entero trabajando por la candidatura de don José J. Quadra, conservador de la vieja escuela, en quien Jerez veía ya seguramente un *coquimbo nacionalista de primísimo cartello.*

Inútil es decir que sucumbió en los comicios. Es la suerte de todas las oposiciones legales de Centro América; y no había de fallar la regla cuando encabezaba la resistencia el General Jerez.

No se desalentó, sin embargo. ¿Acaso Jerez se ha desalentado nunca?

Voló á San Salvador donde el Presidente Barrios ejecutaba á la perfección y con marcada complacencia en el organillo consabido; combatió en Coatepeque el 24 de Febrero de 1863, y por su bravura y bizarría mereció que aquel esclarecido patriota, que era también un galante caballero, le designara en un parte militar, por siempre memorable, con el pomposo título de *León del Istmo.*

Si ha habido un partidario sincero de la unidad de Centro América que pueda ponerse al lado de Jerez ese tal es Gerardo Barrios.

Dirán muchos que al levantar la bandera nacional sólo consultaba su desmesurada sed de mando. Si

esto es verdad, nada nos importa. Grande ambición, por cierto, era la suya; aspiración nobilísima que enaltecerá eternamente su memoria en el recuerdo de todos los buenos centroamericanos!

Vencido Carrera en Coatepeque, resuelve Barrios emprender la gran guerra, atacando á la reacción en su propia madriguera, Guatemala.

Pero antes de iniciar una campaña semejante, convenía implantar en Nicaragua un nuevo orden de cosas, derrocando á Martínez aliado de Carrera.

La bandera de la unidad ondeaba al viento de la victoria sin miedo á los inveterados separatistas, y era Jerez el encargado de enarborlarla en el Palacio de Managua.

Para esta empresa le dió Barrios mil quinientos hombres y cuantos elementos bélicos podía necesitar.

Se contaba en el país que iba á invadirse con un partido inmenso, el mismo que acababa de sucumbir en las urnas.

Martínez no tenía ejército; estaba desprestigiadísimo; los pocos soldados que podía enfrentar á Jerez no le eran adictos; todo en fin, parecía preparado para su caída.

Sin embargo, veamos lo que sucedió.

El General Jerez, en vez de invadir inmediatamente, gastó un mes en Choluteca donde casi acabó con su caja de guerra; los amigos que tenía en Nicaragua, fastidiados de aguardarle en la frontera, se volvieron á sus casas; Martínez tuvo lugar sino de prepararse como era necesario, al menos de recobrar la serenidad que por un momento le había hecho perder aquel ataque inesperado.

Por fin se mueve el General Jerez; llega á León con tropas muy superiores en número y disciplina á las que tenía Martínez; se empeña un ligero tiroteo, y el *León*

del Istmo, sin saber nadie por qué ni cómo, queda completamente derrotado.

Esto sucedió el 29 de Abril de 1863.

Los vencedores mismos no se explican su misma victoria. Imposible adivinar las causas que produjeron tan espantosa catástrofe. ¿Por qué huían las aguerridas legiones de Coatepeque ante los inexpertos reclutas de Matagalpa?

Parecía aquel descalabro la obra de genios maléficos conjurados contra la unidad centroamericana.

«Es la *mala estrella* de Jerez,» vuelven á decir los astrólogos políticos.

Pues bien lo que ha pasado nada tiene de sorprendente. Los genios maléficos, la estrella enemiga, se llaman:

Tiempo perdido en Choluteca;

Impresión característica de un jefe entusiasta;

General López *Cutacha;*

Desfile del ejército en frente del enemigo desde los Mameyes hasta Subtiava.

&. &. &. &. &.

El General Jerez no podía vencer en San Felipe el 29 de Abril de 1863, porque *dos y dos no hacen cinco.*

Sabido es lo que siguió después. El desastre de León fué el comienzo de las desgracias de Barrios. La reacción triunfó en toda la línea, los restos del liberalismo deshecho buscaron asilo en Costa Rica.

Allí permaneció Jerez hasta que la amnistía de 1867 le permitió volver á Nicaragua.

Cuando regresó á su país fué recibido como un vencedor. El Presidente Guzmán le colmó de atenciones; uno de sus más íntimos amigos, José María Zelaya, entró á formar parte del Gabinete de 1868; casi todos sus adictos obtuvieron buenas colocaciones; su influencia en los consejos del Gobierno era notoria, y él mismo dice ahora que le llamaban el *Ministro sin Cartera.*

Cualquiera habría pensado que el General Jerez estaba satisfecho, pues nada de éso. La sinfonía *nacionalista* zumbaba en sus oídos y no le dejaba un instante de reposo.

Los martinistas caídos que deseaban recuperar el poder perdido, se apercibieron de lo que pasaba en el alma conturbada de Jerez y supieron aprovechar la ocasión.

No se comprende, en verdad, cómo aquellos hombres tuvieron valor de acercarse al *León del Istmo* con el organillo de la *nacionalidad* en la mano; pero se comprende menos todavía como el *León* escaldado pudo prestarles oídos.

Los mismos que seis años antes combatieron á muerte la unidad de Centro América; los que habían hecho mofa de esta noble idea y de su abnegado apóstol; los que entregaron á Gerardo Barrios; los antiguos alguaciles de Carrera y Aycinena; los que habían tenido á Jerez cuatro años en el destierro, fueron á buscarle para proponerle una alianza monstruosa que debía ser el más horrible y nefando contubernio.

Martínez, Cortés, Selva, Mayorga, todos los hombres de 1863 firmaron sin pararse en barras un hermosísimos programa de reformas liberales, y el General Jerez quedó satisfecho.

Aquel programa era á los ojos del cándido caudillo una cadena inquebrantable con que ataba para siempre á su carro al lobo reaccionario: le había puesto un bozal y ya no podría morder. ¡Cuánta inocencia!

Tentado estoy á creer que en esa ocasión no se pensó mucho en la unidad de Centro América, porque es imposible imaginarse un momento más inoportuno para intentarla. Cerna mandaba en Guatemala, Dueñas en El Salvador y Medina en Honduras. La situación creada por Carrera en 1863 sólo había cambiado en Nicaragua.

Con todo, el General Jerez no vaciló en lanzarse á la revolución, y el 26 de Junio de 1869 se apoderó del cuartel de León.

El Gobierno Guzmán, derrotado en los primeros encuentros, estaba casi perdido. La rebelión avanzaba á paso de carga; pero mientras se peleaba en Metapa y Nagarote, en León se conspiraba sin descanso contra el mal aconsejado caudillo que daba armas á sus propios enemigos.

Para observar de cerca aquel centro de intrigas bizantinas, se ve obligado á abandonar el campo de operaciones. Entretanto el General Bonilla á quien dejara encargado el mando en jefe del real de Jinotepe, lanza imprudentemente el ejército sobre Niquinohomo y sufre una derrota completa que fué decisiva para la causa de la revolución-

Los dispersos que llevaron la noticia al Cuartel General, sembraron el pánico en toda la línea ocupada por los insurrectos. La triste nueva cayó en León como una bomba; pero los martinistas, lejos de perder la cabeza, tratan de aprovechar aquel instante de suprema angustia para deshacerse de Jerez, y á fe de que lo habrían conseguido si éste, al ver el abismo abierto bajo sus piés, no ajusta con Guzmán el convenio de Pueblo Nuevo que fué una verdadera capitulación.

El eterno soñador despertó azorado, y con su acostumbrada franqueza reconoció, como siempre, «que se había equivocado; que Guzmán profesaba los mismos principios que él,» y por último que en seis años, los hombres de 1863 no habían olvidado ni aprendido nada.

Entonces pudo ver que su magnífico programa liberal, la inquebrantable cadena conque se imaginaba haber atado al lobo reaccionario, era nada más que una hermosa sarta de longanizas, que el voraz animal se

había tragado como una píldora. El bozal que le impediría morder, estaba pintado solamente: tanto que el indomesticable *coyote* le enseñó en los últimos momentos su largo y aguzado colmillo en el puñal del Capitán Julián Saavedra.

Terminada la revolución, vivió pacíficamente en Rivas dedicado al profesorado, su verdadero campo de acción, hasta 1874, en cuyo año se traslado á Tegucigalpa (Honduras). Allí se encontraba cuando unos cuantos emigrados nicaragüenses llegaron á contarle que don Justo Rufino Barrios había empuñado el organillo de la *nacionalidad*.

No hubo necesidad de más. Inmediatamente se trasladó á Guatemala; y aunque el dicho Barrios ejecutaba muy mal y con manifiesta repugnancia, Jerez declaró que era digno continuador de Morazán y de Cabañas.

Don Justo Rufino Barrios no pensó jamás en la unidad de Centro América, empresa demasiado grande para él; pero deseaba derrocar al Presidente de Nicaragua, don Pedro Joaquín Chamorro, que había manifestado simpatías por la causa de González en la campaña de este año; así es que no tuvo inconveniente en dar á Jerez armas y dinero para promover una revolución en aquella República.

Al son del famoso organillo iban los desterrados nicaragüenses á hacerse abrir las puertas de su patria.

Una emigración considerable se presentó á formar en las filas de la célebre «Falange» que debía invadir á Nicaragua; los elementos bélicos sobraban; todo estaba listo y el momento no podía ser más oportuno; pero está de Dios que el *León del Istmo* no ha de triunfar jamás, y en esta ocasión volvió á decir como en 54, 56, 58, 63 y 69: *Dos y dos hacen cinco.*

Se le metió entre ceja y ceja que Rufino Barrios derseguía la unidad de Centro América; esperó duran-

te cuatro meses un ejército auxiliar que nadie había prometido mandar, y después...... cero, nada.

La falange se disolvió, las armas se perdieron, el dinero concluyó, y Chamorro se rió á su sabor de los incautos que una vez más, pusieron la suerte del liberalismo en manos del hombre de los chascos y de las derrotas.

Centenares de infelices quedaron en la miseria, reducidos casi á la condición de mendigos é imposibilitados de volver á sus hogares, porque Chamorro los aguardaba con tamaña coyunda. Mientras tanto el filósofo estoico para quien, fuera de la unión de Centro Amèrica, no hay nada digno de atención, se fué muy fresco á su casa de Tegucigalpa como si tal cosa hubiera sucedido.

Con los ojos secos y la frente serena veía desde el puerto los restos del buque náufrago que él mismo acababa de estrellar contra las rocas.

Quizá me he extendido demasiado al trazar á grandes rasgos la vida pública de Jerez. Reconozco que traspaso ya los límites de un retrato y entro en el campo de la biografía; pero me era indispensable esta ligera reseña para dar á conocer mejor al hombre extraordinario que, con las más puras intenciones y con los más sanos deseos, ha acarreado grandes desgracias á su país y causado muchas veces la ruina de su propio partido.

Uno de los grandes defectos del General Jerez, es ser muy sensible á la adulación.

Yo no sé si él llega á apercibirse de que le lisonjean; pero indudablemente gusta del humo del incienso cortesano más de lo que conviene á su buen nombre.

He oído varias veces á personas muy vulgares adularle de la manera más estúpida, y he podido comprender su íntima satisfacción. Algunos amigos míos

que le conocen á fondo, han hecho en mi presencia idéntica observación.

Y lo que hay de más sorprendente en esto, atendida su edad y otras circunstancias, es que pocas cosas le agradan tanto como ser tenido por seductor y libertino. En este punto puede uno decirle los mayores disparates seguro de complacerle.

Se ven con frecuencia aberraciones y debilidades semejantes en hombres de indisputable mérito. El famoso Cardenal Richelieu, político eminente, quería pasar por mejor poeta que Corneille, sin haber logrado hacer en toda su vida más que detestables coplas, y Sir Roberto Walpole, notable estadista inglés, tenía empeño en que su figura era poco elegante y bien escasa su fortuna entre las damas.

Si hay algo de verdad en la teoría de Lavater, Jerez revela la debilidad de su carácter en los dientes casi desprendidos de su alveolo.

Quevedo que se burlaba de los quirománticos y de los fisonomistas, habría dicho quizás que esta circunstancia indica solamente debilidad de las encías; pero es lo cierto que Jerez se deja dominar con la mayor facilidad.

Nada hay menos difícil que ejercer sobre él una influencia decisiva. Siempre ha tenido á su lado algún favorito que le ha llevado de la mano, y le ha hecho obrar, querer y pensar á su albedrío.

José María Zelaya, Francisco Zamora, José Jiménez, Carmen Díaz, Adolfo Zúniga, Pío Castellón y otros varios, han sido en diferentes épocas conductores del General Jerez. Hasta el autor de estas líneas, que jamás ha podido influír ni sobre sus criados, ha gozado sus días de gran favor al lado del *León del Istmo*.

Algunas de esas influencias han sido, por desgracia, funestísimas para el partido liberal de Nicaragua.

Entiéndase sí que tratándose de la cuestión «Unidad» es inflexible: él se deja dominar por completo en lo accesorio fuera de su ideal *nacionalista.*

Tratándose de la reconstrucción de la patria, el incendio de todo Centro América y la muerte de la mitad de sus habitantes, sería para el *León del Istmo* un episodio de poco momento.

Detalle curioso: los jóvenes que aun no han pasado de treinta y cinco años ejercen más fácilmente dominio absoluto en el ánimo de Jerez que los hombres de cuarenta para arriba.

Otro de los grandes defectos del General Jerez, es no saber apreciar el carácter, la competencia ni las aptitudes de las personas que le rodean.

A sus ojos, cualquiera es bueno para todo. Sería capaz de ordenar á uno de sus ministros que le ensillara el caballo; y suplicar á su asistente que le escribiera una proclama.

Recuerdo que á mediados de este año cuando estábamos en Honduras tratando de invadir á Nicaragua, disponía que Ramón Sarria fuera á conseguir dinero á las Repúblicas vecinas; que Pío Castellón se encargara de preparar bagajes, y que Ricardo Iglesias examinara y visara los documentos de la Tesorería. Los que conozcan personalmente á estos tres individuos, es posible lleguen á creer que hablo de broma: nada más cierto, sin embargo.

Estoy seguro de que, si por una orden general se hubiera dispuesto que la *Falange* rezara un rosario todas las noches, el General Jerez me hubiera designado á mí para enseñarlo.

La credulidad de Jerez corre parejas con su debilidad de carácter. Es la inocente credulidad de un niño ó la fe del carbonero. No se imagina que nadie quiera engañarle. Puede uno hacerle las promesas más

absurdas sin temor de que pase por su frente la sombra de una duda.

Un amigo de él y mío, hombre sin instrucción pero de un admirable buen sentido, me decía en cierta ocasión en Guatemala: «El General Jerez cree en todo menos en Dios.»

Porque hay que saber que este *gran creyente* es un libre pensador. Liberal de buena ley, juzga incompatible la democracia moderna con el catolicismo romano.

Hasta los treinta años fué un cristiano fervoroso. El mismo se ríe ahora de sus antiguas preocupaciones, de los temores que le inspiraba el infierno y de sus escrúpulos de monja.

Un día llegó en que, según sus propias palabras, «su razón se iluminó, y sintió su espíritu aliviado de la pesada carga que lo abrumaba.»

Jerez es ahora un filósofo de la escuela de M. Littré: no afirma ni niega á Dios; ignora simplemente quien es y dónde está.

Sus opiniones racionalistas le perjudican con frecuencia en un pueblo tan fanático como el nuestro; pero él no teme hacer pública confesión de sus ideas: más todavía; no satisfecho con decirse libre pensador, procura hacer la propaganda anti–religiosa, y para ello nunca pierde la ocasión.

El liberalismo de Jerez llega á las últimas conclusiones. Su programa es el de los radicales colombianos que escribieron la Constitución de Río Negro; y creo que si alguna vez llegara al poder, pondría en práctica los principios que profesa.

Jerez goza, y con justicia, de una gran reputación de probidad. Ni sus más acérrimos enemigos le han echado nunca en cara un acto de impureza. En su vida privada es un modelo de honradez. Profesa y practica la moral pura de los hombres libres sin osten-

tación ni hipocresía. Es un buen discípulo de Holbach por quien tiene profunda admiración.

Dice varias veces el citado autor de las *Memorias para la Historia de Nicaragua* que Jerez no conoce el valor del dinero, y esto es verdad. Su desprendimiento es proverbial. Hombre de abstracciones, no estima ni percibe siquiera los intereses materiales; así es que hará siempre un malísimo administrador.

Por la elevación de sus ideas, por su candor infantil, por su ingenua franqueza, por su credulidad sin límites y por otras muchas razones, es el General Jerez el hombre más incompetente para caudillo revolucionario, sobre todo en un país atrasadísimo como el nuestro.

El no hablará nunca á las masas ignorantes el bajo lenguage demagógico que tanto halaga los oídos de la multitud; no sabe prometer grandes lucros ni sagrientas venganzas; es incapaz de mendingar con rastreras adulaciones el apoyo de los sacristanes, estanqueros y alcaldes de barrio; no se rebaja jamás hasta cargar estátuas de santos en las procesiones, como he visto hacerlo á varios pretendientes de mi tierra, y por último, Jerez dice á cuantos quieren oírle, que no hay avenimiento posible entre la libertad y el catolicismo.

Un hombre hábil al estilo centroamericano, un revolucionario vulgar, disimularía sus opiniones políticas y religiosas, siquiera mientras llega al poder; pero Jerez no entiende de subterfugios ni de transacciones con su limpia conciencia.

Es un idealista, un gran liberal, un apóstol valeroso y abnegado; pero no un político y menos un caudillo revolucionario.

En cuanto cabe en nuestra pequeñez, puede compararsele al inmortal Mazzini. Tiene la fe, las ilusiones, los entusiasmos del dictador de 1848. ¿Tendrá su misma suerte?

El famoso agitador italiano, al terminar su larga y trabajosa vida, pudo ver la reconstrucción de su hermosa patria. ¿Verá Jerez la unidad de Centro América? Es más que dudoso.

Creo sin embargo, que la posteridad le hará cumplida justicia.

Hoy es un iluso, un revoltoso, un delirante. Tal vez mañana, esta mismo tierra centroamericana que le escarnece, le maldice ó le compadece, adorará su nombre como el de una de sus más puras é inmarcesibles glorias.

Mazzini pasó su vida en el destierro, y al día siguiente de su muerte los romanos y los genoveses levantaban monumentos á su memoria.

Quizás llegue un día en que los hijos de nuestros nietos eleven estátuas al soñador sublime, al agitador infatigable, al eterno vencido General Máximo Jerez.

Mientras tanto, el *León del Istmo* sueña, espera probablemente, y como el gran patriota italiano, su brillante modelo, repite á cada instante: *Fe y acción ¡y será nuestro el porvenir!* . . . . . .

PERSIUS.